



# Cuando el cielo se partió en dos

*Alexandra Sosa Eguia*

Cuentan los ancianos del pueblo que cuando el sol y la luna eran jóvenes, los dioses caminaban entre los hombres. En Yucatán, los templos de piedra se elevaban hacia el firmamento y el conocimiento de las estrellas se guardaba en códices de corteza pintados con tintes de la selva.

Esta es la historia que nadie escribe, pero todos recuerdan. *La historia de cuando los cielos se partieron en dos.*

Kulkán observaba desde lo alto de la gran pirámide. Su mirada, antigua como el tiempo, recorría las costas donde extrañas embarcaciones habían anclado. Veía templos saqueados, códices ardiendo en hogueras extranjeras, y a su pueblo arrodillándose ante un dios único que negaba a todos los demás.

—¡Esto no será tolerado! —proclamó, y su voz sacudió las ceibas sagradas—. ¡La sangre de esta tierra es nuestra desde que el primer amanecer tocó sus aguas! Aquella noche, cuando la luna se ocultó para no presenciar lo que estaba por venir, Kulkán convocó a los tres pilares del mundo maya. En la cámara más profunda del inframundo, donde ni siquiera los muertos se atrevían a entrar, se reunieron los grandes poderes:

Chaac llegó primero, su cuerpo azul resplandeciente, portando sus hachas de jade con las que cortaba el cielo para hacer llover. —¡Los ríos reclaman venganza! —tronó.

Ah Puch se materializó como una sombra, su rostro de calavera adornado con ojos de obsidiana. —Las almas de nuestros fieles llegan confundidas al Xibalbá, —comunicó con voz que helaba la sangre—. Ya no saben a qué mundo pertenecen.

Por último, emergió Itzamná, el más antiguo, cuya sabiduría había nombrado todas las cosas al principio de la creación. —¡Nuestro conocimiento se convierte en cenizas! —sentenció con pesar infinito.

Kukulkán, imponente y majestuoso, dictó entonces: —¡Yo, que camino entre las estrellas y desciendo a la tierra, declaro que resistiremos! Chaac, destruye sus barcos con tormentas. Ah Puch, siembra la enfermedad entre los invasores. Itzamná, confunde sus mentes.

*Y así, los dioses mayas declararon la guerra contra los recién llegados.*

Desde su trono en lo más alto de la dimensión celestial, Dios percibió la amenaza. Su mirada omnisciente había seguido a sus hijos españoles mientras cruzaban el océano, llevando su palabra a tierras desconocidas.

Con un pensamiento que atravesó las esferas celestiales, convocó a sus tres guerreros principales.

Miguel llegó primero, su armadura resplandeciente como mil soles. —Los falsos dioses se rebelan, padre. Permíteme reducirlos a la nada.

Gabriel apareció con sus alas extendidas, portador de mensajes divinos. —Tu palabra prevalecerá en esta tierra como en todas las demás.

Por último, Rafael se materializó envuelto en luz curativa. —Ningún maleficio perdurará contra tus fieles.

Dios no respondió con palabras. Su mirada atravesó los velos del tiempo mientras un gesto imperceptible transmitió su voluntad. Los arcángeles comprendieron sin necesidad de explicaciones: debían actuar en las sombras de la histo-

ria, invisibles pero presentes, como la mano que mueve el tablero sin mostrar sus designios.

*Los arcángeles descendieron invisibles para los ojos mortales. La guerra divina había comenzado en planos que los humanos apenas podían intuir.*

Chaac desató tormentas contra las carabelas, olas que se alzaban como montañas líquidas. —¡Regresen a sus tierras o sean devorados por mis aguas! —rugía en cada trueno.

Pero Rafael extendía sus alas sobre los barcos, calmando las aguas con suave determinación. —La tormenta pasará, pero Su palabra es eterna —susurraba al oído de los marinos aterrados.

Ah Puch recorría los campamentos españoles, su aliento frío sembrando fiebres y males desconocidos. —¡Ni sus armaduras ni su dios les protegerán de la muerte que soy! —declaraba mientras los hombres caían.

Gabriel se movía entre los moribundos, infundiendo esperanza donde solo había desesperación. —Tu misión trasciende la carne mortal. Él no te abandonará. Itzamná guiaba a los últimos escribas para ocultar códigos en cuevas y conocimiento en memorias. —El conocimiento es inmortal. Nuestra sabiduría encontrará caminos para sobrevivir.

Miguel daba valor a los conquistadores en momentos de duda, encendiendo en ellos un fuego inquebrantable. —Cada paso que des es un paso de la historia divina. ¡La cruz prevalecerá!

*Mientras en la superficie la conquista avanzaba con espadas y cruces, en el plano espiritual la guerra entre deidades alcanzaba su apogeo.*

Con el paso de las lunas, Kukulcán convocó nuevamente a los dioses. Su plumaje, antes brillante con todos los colores del mundo, ahora lucía opaco como cenizas frías.

—Nuestra fuerza disminuye con cada templo derribado y cada altar destruido —admitió con voz que ya no hacía temblar montañas—. ¡El dios que ellos traen no lucha como nosotros!

—Sus emisarios son poderosos —observó Chaac, cuyas tormentas ya no respondían con la misma intensidad a su llamado—. No pelean; persuaden. —Es porque no quieren esta tierra —comprendió Itzamná con su sabiduría infinita—. Quieren las almas. Y cada alma que ganan nos debilita más que mil templos destruidos.

Ah Puch, siempre pragmático en su dominio de la muerte, sentenció con voz sepulcral: —Así como el sol devora el día, el olvido devora a los dioses y mortales por igual. La verdadera extinción no viene de mi mano, sino del silencio de los que ya no pronuncian nuestros nombres.

Ante esta verdad implacable, los dioses ascendieron para contemplar la tierra desde las alturas divinas. Donde antes se alzaban pirámides escalonadas, ahora se erigían iglesias de piedra blanca. Donde los sacerdotes consultaban las estrellas en observatorios sagrados, ahora los frailes predicaban sobre santos y salvación eterna.

Kukulkán cayó de rodillas, sintiendo por primera vez el peso de la derrota. Incluso Ah Puch, quien siempre había encontrado deleite en la extinción de toda vida, por primera vez en su existencia eterna no halló satisfacción en el desenlace que presenciaba.

Fue entonces cuando el señor de la muerte, con su visión que penetraba todas las sombras, señaló algo que los demás no habían notado.

—¡Observen! —indicó con un gesto de su mano esquelética.

En cuevas ocultas por la espesura, en chozas alejadas de los caminos, en rincones donde las sombras eran más densas, pequeños grupos de mayas mantenían vivas las viejas costumbres. Dejaban ofrendas de copal y maíz, susurraban plegarias en lenguas que los españoles no comprendían, tallaban disimuladamente los símbolos sagrados bajo apariencias cristianas.

—Nos ocultan como un tesoro en las profundidades —murmuró Itzamná—. Como semillas que esperan la estación propicia para germinar.

Kukulkán se irguió lentamente, su figura divina menguada, pero conservando la dignidad de lo eterno.

—¡Este no es el fin de nuestra existencia divina! —proclamó con voz que resonaba a través de las edades—. ¡Es meramente una fase en el ciclo eterno del cosmos! ¡Como la noche sigue al día, nuestro tiempo volverá!

Los dioses comprendieron entonces que una nueva forma de existencia comenzaba para ellos. Ya no serían adorados en templos magníficos bajo el sol del mediodía, sino reverenciados en la intimidad de los corazones fieles. Kukulkán extendió sus alas una última vez hacia el cielo infinito y pronunció con una voz que atravesaba los siglos:

—Mientras un solo corazón recuerde nuestros nombres, dormiremos entre las cenizas, pero cuando nuestro pueblo despierte a su verdadera esencia, cuando recuerde quién fue y quién puede ser, resurgiremos.

*En el plano celestial, los arcángeles regresaban a la presencia divina.*

—La batalla ha terminado, padre —informó Miguel, inclinando su espada—. Tu palabra se extiende por estas nuevas tierras.

Dios, con su mirada que abarcaba todos los tiempos y todos los espacios, observaba la persistencia de las antiguas creencias, transformadas, pero aún vivas, en los corazones mestizos.

—Lo que ves como final es apenas un hilo en el tejido universal —respondió con voz que era tanto silencio como luz—. *Cada batalla, cada sacrificio, cada plegaria susurrada forma parte de un designio que trasciende la comprensión de dioses y mortales.*

Dicen los viejos del pueblo que en las noches más oscuras, cuando el viento sopla entre las ceibas y mueve las cruces de las iglesias coloniales, se escuchan susurros en lenguas antiguas.

Son las voces de los dioses mayas que duermen entre las cenizas, pacientes, eternos, esperando su momento de regreso. Porque aunque sus templos se volvieron ruinas cubiertas

por la selva, ningún dios desaparece realmente mientras alguien pronuncie su nombre con verdadera fe.

En el México nacido de aquel choque divino, la gente sigue dejando ofrendas en lugares secretos, continúa susurrando nombres antiguos mientras se persigna ante imágenes cristianas. En el sincretismo encontraron la forma de honrar a dos mundos que parecían irreconciliables.

Kukulkán y los dioses mayas esperan. La guerra terminó hace siglos, pero la promesa del regreso sigue viva como brasa bajo cenizas aparentemente frías. Cuando el último descendiente de aquellos que vieron llegar a los españoles despierte a la verdad ancestral de su herencia, los antiguos dioses se levantarán de nuevo para caminar sobre la tierra que nunca dejó de ser suya.

Porque así lo dictó la serpiente emplumada: “Cuando nuestro pueblo despierte, nosotros también volveremos”.